

COSQUILLILAS



30
CÉNTIMOS

JUSTA ASPIRACION, por Demetrio
—¡Tengo unas ganas de ser mayor para no jugar
más con esas cosas de trapo...!



Album
de belleza

Teatro Romea

La hermosa Constanzo y el feísimo Lepe, en el gracioso sketch «Présteme usted su ropa».

Supongo al público tan inteligente que adivine que eso de *Album de belleza* no ora con Lepe, que con esa cara resulta un específico para despojar del hipo.

Eso de la belleza es única y exclusivamente para la Constanzo, riquísima ella, que es un verdadero dolor que no sea como los clisés fotográficos: que se pueden tirar muchas copias.

Le besa por teléfono los pies a la Constanzo, INCÓRDIEZ.
(Un apretón de manos y mi agradecimiento para Lepe.)

Foto. Cortés.



COSQUILLAS

REVISTA COMICO SATIRICA

Aparece los sábados

Administración:

CENTRAL ADMINISTRADORA

DE

PUBLICACIONES Y EDICIONES

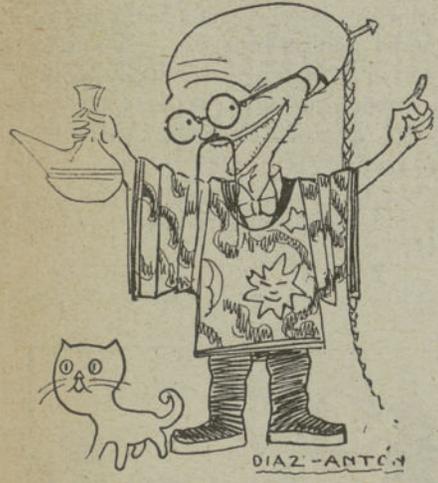
Paseo del Dr. Esquerdo, 6. Tel. 53.355

Toda la correspondencia al Ap.º 9.035

Precio del ejemplar: 30 cts.

Director: INCORDIEZ

Año II Madrid, 29 de Enero de 1927 Núm. 18



Incoherencias

por el

“Chino desconocido,,

Las hay como pianolas.

No se dice así. Se dice me apeo.

¿Quién se va a comer esto?

Y yo en la tuya.

¿Ha dicho usted puntas de jamón?

—¿Te gustan estos caramelos? Pues los hay más grandes.

—Sí; adoquines.

—Más grandes.

—¡Eso no me lo dice usted dentro de un reloj!

¿Pero es posible? ¡Entonces más que las gallinas!

¡Ni a mi marido!

¡Pero el niño ha nacido en casa de él cuando menos...!

Vuestro (¡ Pero qué iba a decir !),

EL CHINO DESCONOCIDO

Nuestro extraordinario de Carnaval será lo mejor de lo mejor, y en esto no admitimos discusión. ¡A callar!

Epigrama

—¿Insulta y después se naja?

¡No hagas caso!...

¡Es el director de paja!...

DEMETRIO.

Este número ha sido revisado por la censura.



Elogia de las mujeres solamente aquello que verdaderamente tenga de notable. Si tienes acierto en el elogio, acabarán por encontrar exquisito lo que tengas tú de sobresaliente.

Lo de que las chatas son cosa despreciable, es una conseja de nuestros abuelos, entre los que había cada mala bestia, que no hay pluma que las describa con justeza.

Hay cada chatilla por esas calles de Dios nuestro Señor, que hubo momentos en que yo me he carcajeado del perfil griego.

No permitas que ningún hombre ponga sus manos sobre tu persona.

Solamente a tu sastre le están permitidas ciertas libertades.

O no habría manera de que te tomara medida del chanchullo.

No niegues un capricho a una mujer bonita. Te perdonará que la dejes sin comer pero te pondrá en evidencia si te niegas a comprarle un sombrero más. Haz lo posible por buscar el dinero en las entrañas de la tierra; pídelo prestado en último caso. Y si fracasas en tus gestiones para adquirirlo, procura convencerla de una paliza que la tronches.





COMENTARIOS DE UN DEMENTE

¡Se trata de un encarguito!

Entregados al fútbol, al rugby y a la "clubmanía", los muchachos de ahora se han olvidado de un deporte "que se llevaba mucho" hace unos años, y que era bastante divertido. Me refiero a los matrimonios por sorpresa. En efecto, aquello resultaba entretenidísimo. Y barato. Y ejemplar. Hubo una temporada en que hizo furor. Rara era la parroquia que no se viera favorecida por la interesante pareja de enamorados que durante el Santo Sacrificio, arrodillados ante el ara, aguardaban el momento de la bendición para gritarse enardecidos:

—¡Celedonia! ¿Me quieres por esposo?...

—¡Te quiero por esposo, Celedonio!

Se armaba un pequeño revuelo; salían los novios conducidos para la próxima Comisaría con un cortejo espontáneo que les manifestaba sus mejores votos, y, como la cosa no tenía remedio, ¡a vivir se ha dicho!...

Confesemos que aquello estaría mal desde un punto de vista puritano, pero que estaba bien considerando subjetivamente. Los novios se ahorran un sin fin de gastos. Ciertamente que no experimentaban el inefable placer que supone el atesorar diez o doce cajas de cucharillas y cuchillitos de postre, regalo que se prodiga como el bacilo de Pfeifer—vulgo "canastera"—; pero, en cambio, ella no tenía que gastar en el traje de novia, que luego no sirve para nada, y él se daba el gustazo de proporcionar a la suegra el primer disgusto de la serie.

Si esta pintoresca costumbre ha desaparecido, no así otra costumbre matrimonial que también tiene sus pelendengues: la del matrimonio por poderes; la de casarse "por delegación", en vez de ir, como en la boda por sorpresa, "a la delegación". Un hombre que está, supongamos, en Antofagasta, a ma tiernamente, por referencias, a una joven que florece en Ciudad Rodrigo. Se cruzan cartas, se cruzan retratos, pero no se cruza el charco. Él autoriza a un su amigo a representar el papel de novio en la ceremonia matrimonial, que debe celebrarse donde la cristiana mora, y el amigo, con poderes bastantes, se hinca de hinojos, al lado de la bella y recibe la bendición.

Luego, con todos los respetos, la conduce hasta el tren, la acompaña hasta el barco, y la endereza a Antofagasta, donde la aguarda la otra ceremonia. Un mes, dos meses, en ocasiones hasta más de un año, la mujer es casada y es soltera, es a la par, señora y señorita, matrona y virgen...

Recuerdo haber presenciado en Filipinas una tragicomedia a este propósito. Un mercader cincuentón y grasoso se había casado por poderes con una joven que residía en España. El muy incauto, mientras duraron las relaciones por correo, envió a la prometida unos cuantos retratos en los que aparecía como un Adonis. Pero al llegar a Manila la esposa y al encontrarse con el hipopótamo, se negó a consumir el enlace. Sola, lejos de su familia, sin nadie que la defendiera, su lucha fué terrible. Rendida, sucumbió. Y cuando todos es-

perábamos que el guarro saliera relamiéndose de gusto—¡la chica era un encanto!—, le encontramos en trance de suicidio.

—O la mato o me mato. ¡Qué soltera ni qué cuernos quemados, si parece viuda de cien hombres!...

Y ella, muerta de risa:

—¡Qué Adonis ni qué cuernos de punta si es un carabao anciano y repugnante! ¡Engaño por engaño es el suyo más criminal y aleve, muchas veces, que el mío!...

Marchóse él de Manila a Mindanao, corrido del suceso, y ella montó en Manila una fábrica de mestizos que la hizo millonaria.

Recuerdo ahora estas historietas, porque ayer he recibido una carta de mi amigo ultramarino proporcionándome que le represente en un matrimonio por poderes con una mujer que vive aquí, en Madrid, donde a ustedes no les importa. ¿Qué hago? ¿Acepto? ¿Le reemplazo? ¿Se la facturo?...

LEOPOLDO BEJARANO



—Yo estoy segura de que Pepe te ama.

—Lo sé; pero es un muchacho así, tan... en rústica...

—Chica, a mí no me lo parece. Ahora, si lo dices porque no tiene pasta...

Dib. de Enciso

Estamos estudiando la manera de dar ochenta páginas, un armario de luna y... una invitación para que el público presencie lo que es un fracaso y una quiebra. ¡Nosotros somos así!



CONFIDENCIA, por Demetrio.

—¡Qué exquisito es este hombre!... Me escribe que una viuda tan guapa como yo es como una planta sin cultivo.

—Pues, chica, yo le contestaría que mejor que un jardinero lo que necesito es un socio capitán.



Cosas de Belorcio

Las pequeñas botitas del pequeño Fritz

Pois ahorra va a contar yo el begueño cuento de las begueñas botitas del moi mocho demasiado fastante begueñito Fritz. Famos a fer.

Pois, carramba, antonsés se estaba una familia combuesta toda ella de una madre, un solo padre y un único, exclusivo hijo que se llamaba Fritz y se tenía cuatro años solamente nada más el pofresito criaturra.

La situación económica de los bobresitos papás del begueño Fritz se era moi demasiado lamentable. No se boñían comer dos peses todos los días y sa murrían matetrialmente de hambre. El bobresito begueño Fritz se le salían todos sus deditos de sus be-



POSICION DE POSICION

El oficial.—Chica, la guerra tiene ratos muy malos. Una vez tuve que estar en una posición, que nos asaban.

La cocota.—¡Pues una vez yo...!

Dib. de Oscar.

gueños pies bor los agujeros que se tenían sus begueños sapatos; y eran gomo bescaditos que se astaban querriendo ascapar de la res.

Antonses el papá del begueño Fritz la dijo a la mamá del begueño Fritz:

—Oyeme, mamá de mi begueño Fritz. Al niño as nasesario gomprarle unos sapatos.

—Perro, hompre, ¡bor Dios! ¡No te astés todo tu bestia, querrido esboso, maldito sea tu badre...! ¡Gómo va a estar bosible esto con el boco dinero que me has dado tú?

—Ah, carramba, cariñosa muguer; se astá presiso, sin empargo, gomprar unos sapatos a nuestro begueño criaturro; todo él se astá descalsito y a mis dos ocos se les vienen sus lácrimas de ferle. Yo me va ahorra mismo anseguida a gomprar los sapatos a mi amado begueño hico mío Frits.

Y sa fué y sa los gompró. Y le gompró dos: uno parra su pie derrecho y otro parra su pie izquierdo, borque se estaba un hompre moi listo el papá del begueño Frits. Antonses el begueño Frits sa puso a tan kontento con sus dos begueños sapatos que ni al hora de ponerse a la cama por dormir se los guiso guitar.

—¡Oh, mi begueño hico mío! ¡Gómo puede estar esto de que tú duermas a la gama con tus dos sapatos!

—¡Yo quiere dormir gon mis dos sapatos!

—Perro, adorrado hico mío Frits, tú te estás olvidado de que duermes con tu mamá y con tu papá y de que puedes darnos grandes y extraordinarias patadas dolorrosas con tus botitos...

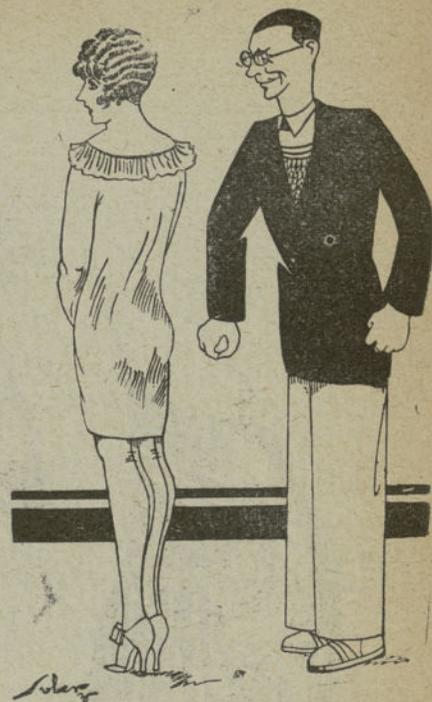
—¡Yo quiere dormir gon mis dos sapatos!

—¡Ah, simpático hico mío, que no te muerres tú ni nada; carramba, aguestate gomo te dé la cana, y refienta de una sola fes...!

Y antonses sa metieron a la cama la mamá del begueño Frits, el papá del begueño Frits, y el begueño Frits con sus dos pies matidos a los dos botitos.

Perro gomo no hapían senado, se estaban los badres sin las ganas de dormir. Y antonses hisieron lo que hasen todos los matrimonios que se están a la cama y no se tienen las ganas de dormir: haplar.

Y haplarron una fes. Y después la señorra sintió canas de que la hapla-



UNA AMENAZA

El.—¡O te vistes más larga, o para mí estarás siempre vestida!

Dib. de Soler.

sen más, y el marrido la hapló nuefamente.

Y sa conose que a la compersasión haplapan de ir 'cuntos a alguna barte, borque cuando disgutían si ifan a ir o si no ifan a ir, el inosente y begueño Frits, que no sa astaba dormido, alsó el capesa y dijo:

—¿Foy yo también, que teno los pofitos nevos...?

¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡ja!

BELORCIO



—¿Cuál es el animal que a más de ser ave es perro?

—El ave-chucho.

—¿En qué Compañías se trabaja menos?

—En las de Ferrocarriles, porque hay muchos vagones.



Charlas de Incórdiez

¡Bueno; me llevé un susto el otro día, que se lo dan a una naranja y cambia de color hasta convertirse en un limón!... ¡Rediez, qué tía! Bueno; pero no nos amontonemos: Hace de esto cuatro días y un pedazo; como concurre la circunstancia de que por ahora estoy soltero, y como en mí esa circunstancia disculpa el que me suelte los rizos a calzón quitado cabe el *cabaret* (a veces no cabe, y esto no es presunción), pues, eso.

Había yo tenido unas palabras con Demetrio, que llegó a decirme que yo no era director ni ná, y que me iba a pegar una *patá* que me iba a desnudar, y otras cosas soeces que no pongo aquí, porque yo soy un escritor pulcro y recatado. En total, me *calentó*, que decimos los de Chamberí, y salí de la Redacción echando mitad nada más. Y decidí beber para olvidar, porque no me conviene presentar la dimisión hasta que me compre las elásticas de color, para estar presentable en esos casos en que, o se remanga uno, o todo son incomodidades. En fin, yo me fui a buscar a mis inseparables Díaz-Antón y "Un viejo don Juan", y nos metimos en el "Sandalia-Room", que estaba deslumbrador de *gachis de segunda mano* y de boqueras distinguidos. ¡Vaya niñas que se estaban apuntando un *charleston*! "Un viejo don Juan" y Díaz-Antón se liaron a comer, que parecía que habían estado secuestrados en un restaurante por abonos. Yo, que soy más espiritual que un lirio en un arroyuelo, me puse a mirar a un berrenda que a poco se me arrancó, y cogiéndome de una solapa me sacó a los medios, quieras que no, obligándome a bailar. No digo que la rechifla fué general porque no quiero que se crean otra cosa. Aquello fué el caos en día de mítin: los achagones se sucedían y se sucedían los chichones en mi cabeza; parece mentira que en un lugar de elegante esparcimiento hubiera tanto pan duro. Me dieron con medio *rajao* de trapería en una niña que se estuvo llorando el resto de la noche. Pero aquí viene lo extraordinario y fuera de abono, porque en lo que abonamos (diecinueve pesetas) no entró. Y lo extraordinario fué que a la robusta y elegante meretriz (¡Vaya antiqualla pulcra!) le entró una ternura (conforme antes le había entrado una ter-

nera) por este seguro servidor de ustedes y de Murcia que, arrebatándome a mis amigos, que tenían la boca llena, me arrastró fuera del local y metiéndome en un *taxi* dió unas señas al *chauffeur*, dió una perra gorda al chaval que abrió la portezuela, dió una *quantá* a uno que la atenazó una pantorrilla al subir al coche, y partimos con rumbo desconocido, para mí al menos.

Bueno; a mí me han hecho la escena del sofá más de una señora, y está horrible que yo lo mencione; pero aquella mujer era Don Juan Tenorio *reforsao*. ¡Vaya gachí hincando una rodilla en el tapiz y diciéndome con los ojos de hora de siesta: "O arráncame la combinación o empenáme los pendientes porque te voy a desnutrir! ¡Amame ya, o te sacudo, emperador de mi decúbito...!"

Yo estaba de satisfecho que lo que comenzó en un hilo de baba, al empezar su declaración, se convirtió en un Niágara cuando me dijo aquello de:

Y esas dos líquidas perlas...

¡Bueno!; entonces mi pañuelo llegó a parecer la escupidera de un casino de catarrosos.

Total; que... ¿Por qué lo voy a negar?... Caí, como tantos otros; seducido por el fuego de unos ojos y la enervante complicidad del alcohol; ebrio de

pasión y de baba; aturdido por el hechizo de aquel maldito tango, ¡digo de aquellos ojos fascinadores que me arrastraron hasta el fango en apariencia de alfombra de Smirna...

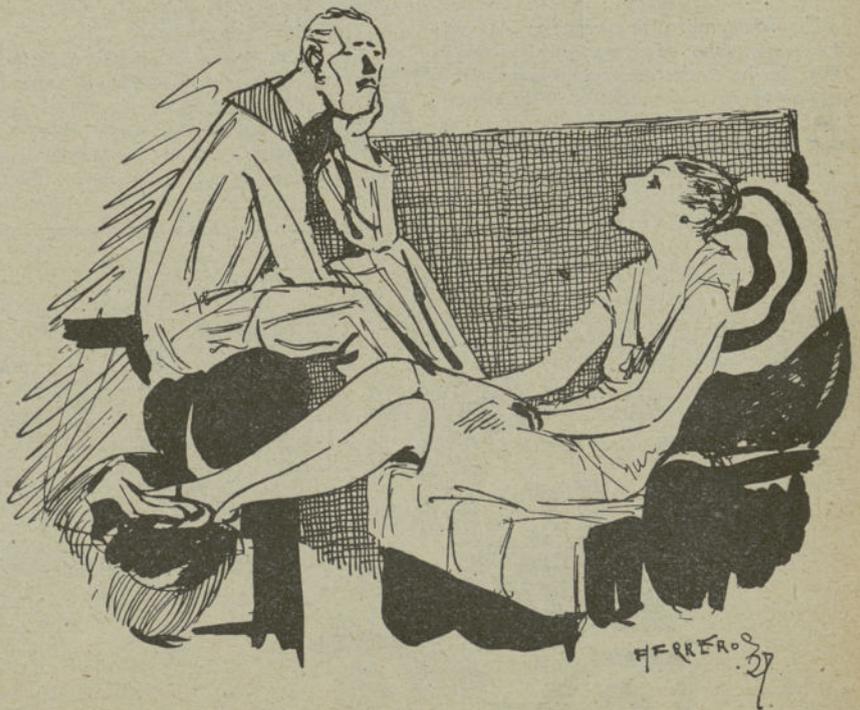
Cada punto suspensivo significa un enlodamiento en el fango de aquella noche. ¿Qué dicen ustedes? ¿Que me vaya al guano? ¿Que sobran puntos? Bueno; rebajen los que gusten, y prosigo.

¡Maldita mujer... sierpe tentadora! Apenas si recuerdo lo que sucedió desde que los vapores del alcohol diluyeron la forma de cuanto me rodeaba (¡vaya imagen!). Sólo sé que estuve en aquella mansión del vicio hasta bien entrada la mañana siguiente. No quiero pensar en las reprobables prácticas en que me complicó la guapísima asquerosa... Yo no me asusto de nada, y sólo me falta subir en globo y otra cosa, pero... desde ese día me valgo de la escritura para entenderme con la gente. Por escrito, puedo contar lo que me sucedió; pero si lo intentara explicar de palabra, no emitiría más que ladridos inarticulados.

¡Miseró de mí!

Vuestro hasta la última humillación,

INCÓRDIEZ



El.—No tenemos dinero para visitar Niza estos Carnavales.

Ella.—Si tú fueras un hombre a la moderna, me permitirías que yo se lo pidiera a tu amigo el marqués.

El.—Pero es que eso, más que ser un hombre a la moderna me parece un de esos... con pintas.

Dib. de Herreros.



EL FLIRT



Entre las muchas cosas absurdas que soportamos en esta existencia repugnante, el flirt es la más idiota.

Yo odio el flirt y el tranvía de las Ventas.

Lo juro por Mussolini.

Y mi odio es brutal, lo mismo que la blasfemia de un carretero de Cáceres.

¡Oh, el flirt!

¡Yo aborrezco el flirt!

¡Lo he dicho ya, verdad?

No importa. Esto de repetir muchas veces lo mismo hace muy bonito.

Pero sigamos.

Yo no sé si será porque tengo cara de primo de lo más carnal y las mujeres para perder el tiempo eligen al individuo que parece más idiota, pero el caso es que siempre encuentro una joven nada bella que flirtea conmigo en cualquier lugar donde me halle.

Y esto es más molesto que el redoble de un tambor en manos de un escolar.

Yo acostumbro a entrar en un café de seis a ocho de la tarde y de una a dos de la noche con el beatífico propósito de no hacer nada y de alimentarme tranquilamente mientras dejo vagar mi imaginación calenturienta por el reino absurdo de la quimera. (No me

hagan ustedes caso. Hay días que me levanto más imbécil que de costumbre.)

¡Bueno! Pues este hábito, sencillo como aldeano de Sigüenza, no lo puedo conseguir, igual que no puedo conseguir cazar moscas con reclamo.

Porque siempre hay una niña de una fealdad de tangerino que se nutre en compañía de su madre y de una amiga de su madre, y que clava sus ojos en los míos con el firme propósito de distraerse flirteando, ya que no hay otro sujeto en el local que la haga caso, ni que la haga nada, porque, dada la fealdad de la susodicha tobillera, lo único que se le podía hacer era darle una patada en la cabeza que la hiciese polvo el casco.

Pero yo soy ingenuo y algo asmático y me parece mal desairar a una muchacha aunque sea más horrible que un incendio en un asilo de paralíticos.

¡Y mi ingenuidad me hace migas, lo mismo que mi abuela me hace el chocolate!

¡Oh, el flirt!...

Antes que llegue el camarero a preguntarme qué voy a tomar, la niña ha cruzado diecisiete veces su mirada con la mía, y yo que me noto observado por una mujer, en vez de tomar café solamente, que es lo que suelo ingerir,

para presumir un poco, lo pido con ensaimada, lo que me cuesta treinta céntimos más. Y como comprenderán ustedes, esto no me hace gracia porque a mí los bollos no me gustan más que en los sombreros de los exploradores.

Y después que he deglutido el alimento, miro a la joven, y ella, que estaba observándome, vuelve la cabeza ruborosa al verse sorprendida y me sonríe francamente.

Pero ¡vamos!, con una franqueza de pariente enriquecido con negocios en Caracas.

Y yo me hago un taco, porque, la verdad, no sé si esperar a que me mire otra vez para devolverle la sonrisa, o rascarme los barrillos, o aprovechar este momento para guardarme los terrones que han sobrado.

Pero no me da tiempo a meditarlo porque en seguida vuelve ella la cabeza, me mira fijamente y vuelve a sonreír.

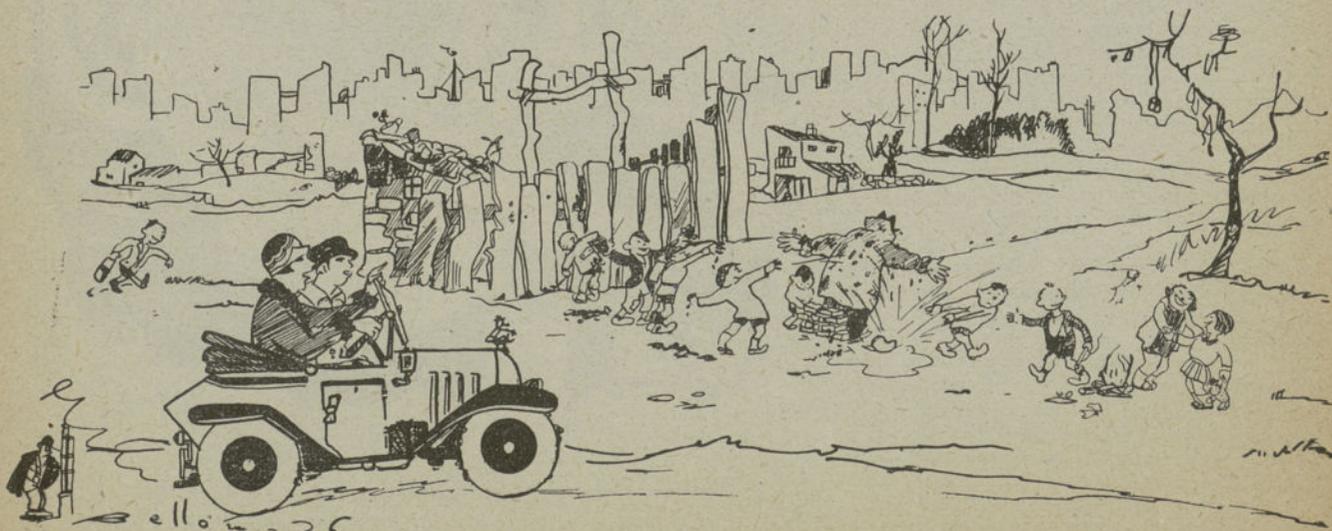
Y yo no tengo más remedio que poner cara de alado, sonreír también y comérmela con los ojos.

En seguida de esto ella se pone colorada y habla un poco con su mamá. Después se ríen mucho su mamá y ella, y al poco rato ella me mira otra vez, muy satisfecha y como si mi presencia allí la deleitase.

Luego se pone seria y mira atentamente al suelo para hacerme comprender que ella no es una vulgar coquetuela de cabeza loca, sino que, muy al contrario, si se casase con un hombre como yo, sería una excelente compañera y una mujer muy de su casa.

Yo entonces miro también al suelo, muy triste, dándola a entender que lo he comprendido todo y que realmente es muy doloroso que no estemos unidos con lazos indisolubles.

Después, para dar la sensación que seporto con estoicismo las injusticias hu-



NUESTRA TIRANA LA MODA, por Bellón.

La "chofera".—¡Chica, pero qué veo! ¡Fíjate: ése es Polittín! Ahora comprendo por qué tiene la trinchera tan a la última y llama la atención y le envidian ellos en la corte...

manas, empiezo a hurgarme un botón del chaleco y a contemplar el artesonado del techo con más interés que si hubiese allí una señora en Eva. Y así estoy una hora.

Al cabo de este tiempo la vuelvo a mirar.

Y entonces la pedazo de cursi, para reprocharme el tiempo que no he puesto mi atención en ella, me mira duramente y luego aparta la vista de mis ojos y los clava en un caballero que esté cerca de mí, diciéndome con esto que hay más hombres que yo en el mundo, y que no se debe presumir de una manera tan asquerosa.

Yo me creo en el deber de mirar también a dicho caballero y ponerme muy triste otra vez, como si reconociese que, efectivamente, hay tipos más distinguidos que el mío y que estoy firmemente arrepentido de mi ingratitud para sus pruebas de cariño.

Pero ella, al notar mi honda pena, inicia una sonrisa la mar de alegre, perdonando mis desaires y haciéndome comprender que no es nada rencorosa y que olvida todo lo pasado.

Yo entonces no tengo más remedio que poner cara de agradecimiento y ponerme a silbar el "Maldito tango" para que se dé cuenta que estoy muy contento.

Y cuando ya no puedo soportar más todo aquel latazo y estoy ya del flirt hasta el gancho del flexible, miro el reloj muy apenado como si tuviese que marchar, y en señal de despedida la miro fijamente durante dos minutos, haciendo ella lo mismo y luego un gesto que yo no sé qué narices significa, pero que, haciendo un gran esfuerzo de imaginación, debe ser poco más o menos que me abrigue al salir porque hace frío.

Y así un día y otro día, una noche y otra noche, haciendo el zulú de esta manera y perdiendo el tiempo como si fuese un tranvía del Noviciado a las nueve de la noche.

¡Y es que el flirt es una cosa más estúpida que una comida campestre!

Si dos personas se entienden, lo natural es dirigirse uno a otro y, después de decirselo mutuamente, dejarse de sonrisitas y marcharse al antepalco de un cinema, donde hay muebles especiales para decirse estas idioteces.

Y lo demás son ganas de hacer la codorniz de la manera más repugnante. Y, como comprenderán ustedes, habitar en este valle de lágrimas para hacer lo que el susodicho bípedo gallináceo, es descubrir a la gente que no se tiene nada en la cabeza.

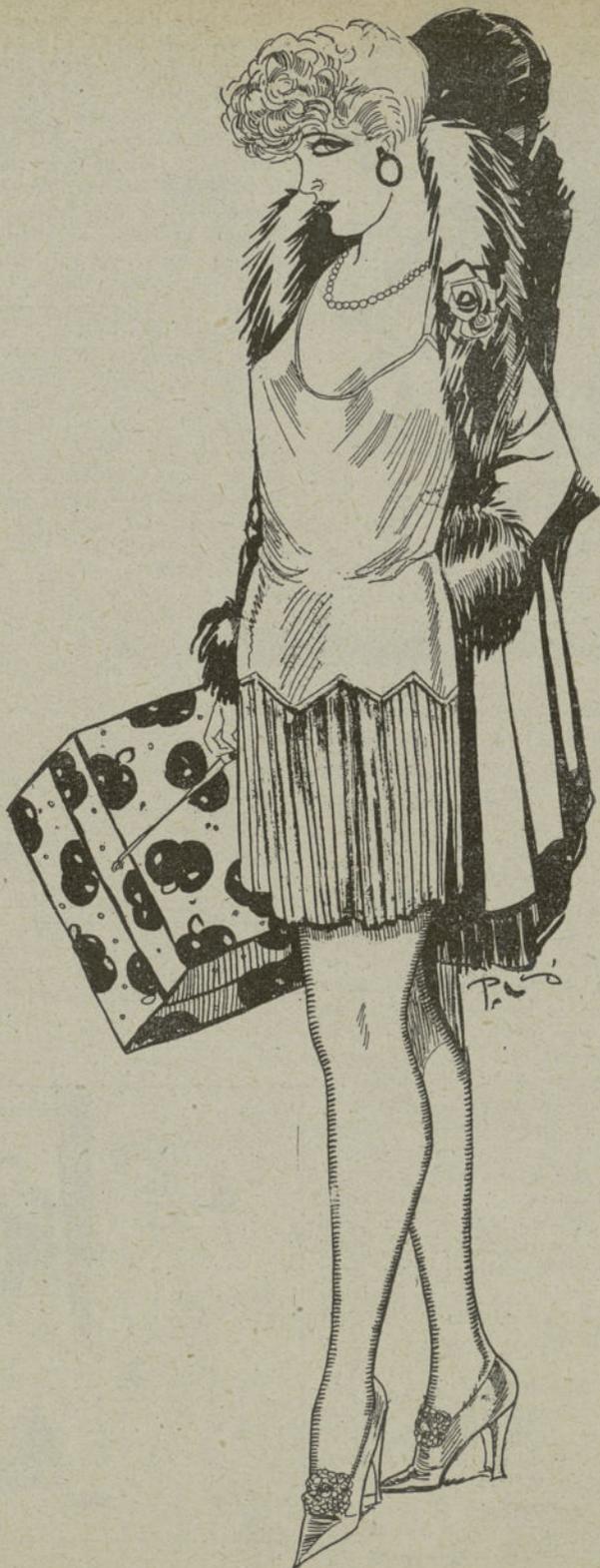
Porque si no se tiene nada en la cabeza, se está descubierto.

¡Atiza!

¡Bueno; ya me saldrá otro mejor el mes que viene!...

MIGUEL SANTOS

(Ilustración de Mihura.)



—¡Estoy enfadadísima, porque me han quitado un chiste verde que era una idealidad!

Dib. de Picó.



CRÓNICAS CAFRES

¡Alcalaza de la garrafa! ¡Luquiquí de la matunga soplingui!... ¡Que el Gran Zalú os tome medida del pantalón y os satisfaga! ¡Que no andéis a cuatro patas sin motivo justificado! ¡Que ella lo merezca! ¡Que la traición no entre en vuestra choza, ni el sol se ponga delante de vosotros; que se ponga a la izquierda!

A propósito y como consecuencia del asunto que me movió a eructar la crónica anterior, escribo ésta, que viene a ser por la inflexible disposición del señor Destino, la segunda parte de la primera. ¿Que no me entienden? ¡Pero, hombre, no sea usted civilizado! Está más claro que el color de una virgen inglesa que quiero decir y he dicho, que esta crónica es la segunda parte de la anterior, en la que desarrollé el asunto del nuevo traje cafre. ¿Han comprendido? ¡Pues que no vuelva a suceder!

Me harán ustedes el favor de recordar que en la anterior crónica solici-taba de las autoridades de mi pueblo que pusieran coto a la excesiva corte-dad de los faldellines que nos obligan a llevar ahora a petición de la Junta de las damas negras y de mesclilla de Cafrería.

Yo pedía urgentemente que las auto-ridades nos obligaran a alargar los cortos faldellines, porque si a algunos les venían que ni pintados, con otros resul-taba un a modo de teatro *guignol* visto del revés, y anunciaba el consiguiente disturbio producido por los achagone-s que los chicos con sus tiradores...

Yo, que también hacía la campana con el nuevo faldellín, decidí alargarlo una cuarta cuando menos, para quedarme tranquilo y poder dar saltos con con-fianza; y cuando me dirigía a casa de un sastre que tenemos en la aldea que, a fuerza de hacer pelotillas, se ha he-cho novelista, crítico de arte, peatón

para llevar los partes de telegrafía sin hilos, y ¡hasta académico! Porque en Cafrería tenemos una Academia que es un eructo, pero tenemos Academia; cuando me dirigía a casa del susodi-cho académico (que nació de resultas de un marinero francés), me acometieron los chiquillos que, parapetados tras las palmeras, los cocoteros, los si-comoros y los no comoros, tomaron a mi faldellín por un gorrión y me atizaron diez o doce chinarrazos que si llegan a realizar su objetivo, como se dice militarmente, me tengo que con-tratar en un harén para espantarles las moscas a las odaliscas. Bueno; lo que les dije de sus padres se lo digo a una mula de tiro y se muere de tristeza. ¡Cómo me pondría! Pude agarrar de las orejas a uno de los arrapiezos, y cuando le estaba pisoteando la cabeza, salió de una choza próxima la negra Guala que, deteniéndome en mi furia, me dijo humildemente, mientras le co-locaba los ojos en su sitio al chico pa-teado: "No le castigues tan balbala-mente, Kalaba; acuéldate de que un día me encontraste en el plantío del azúcar y no me dejaste volver a mi casa has-ta que salió la luna; ¡pol lo tanto, tú tienes la culpa de que este chico ande pol la calle".

Me anonadó con la revelación (por-que yo me anonado los jueves) y aun-que soy cafre, me enternecí ligeramen-te. Después, más serenamente, pensé en que hay que poner coto a este desorden que hay en mi tribu con respecto a los nacimientos y a los promotores de los nacimientos, y consulté a un mi amigo santón él y congelante de puro fresco, él también: "Escúchame, Ragú (él se llamaba Ragú, y es riquísimo). Yo es-toy verdaderamente intranquilo; ¡qué digo intranquilo!, diarreico, del susto



TRASLADO DE MUEBLES,
por Enciso.

Ellas.—En el traslado de los baúles, menos mal; pero en la cama no se pone usted en razón.

El mozo de cuerda.—¡Señorita, tenga en cuenta que soy un pobre viejo!

que mi conciencia ha sufrido esta ma-ñana. Yo he pisoteado la cabeza a un niño sin saber que era hijo mío; esto es repugnante aun en Cafrería; yo soy un intelectual, aunque sea de color, y creo que se debe atajar este relajamien-to en que vive nuestro pueblo; creo que debemos moralizar nuestras costumbres y creo...". "Creo—me atajó Ragú—que estás diciendo cada tontería del tamaño de la Gran Charca Sagrada. En Europa ocurre más que eso todavía: En Europa, además de tu caso, se da el caso de que con los automóviles matan a los niños de los demás. ¡Al fin y al cabo, tú has machacado a un hijo tuyo!"

KARABA

POR ESOS «CINES»

Centro.—Continúa el éxito, justo y me-ricado, de "Variété", la película cumbre del año hasta ahora.

Cine Madrid.—Las jornadas tercera y cuarta del cinedrama "Sin familia" han superado en interés a las anteriores. La hermosa obra de Herter Malat, al pasar al lienzo, no sólo ha reverdecido el éxito e interés de la novela, sino que lo ha superado.

Real Cinema.—"Una mujer para vein-ticuatro horas", el divertidísimo vodevil de la marca Emelka, ha constituido un brillante éxito de regocijo.

También ha gustado extraordinaria-mente el drama "Cenizas de odio", crea-ción de la notable estrella Norma Tal-magde.

Esta cinta, en la que se pinta de un modo perfecto el reinado de los Médicis, con toda su gama de intrigas, odios y pasiones, es un verdadero acierto de la casa productora y de la Empresa al con-tratarla.

Royalty.—La cinta episodio de la gue-rra europea "Por la Patria" ha gustado mucho a los asiduos a este local. Si bien es cierto que después de "El gran des-file" no hay cinta posible de la gran guerra, "Por la Patria" es una notable producción digna de elogio.

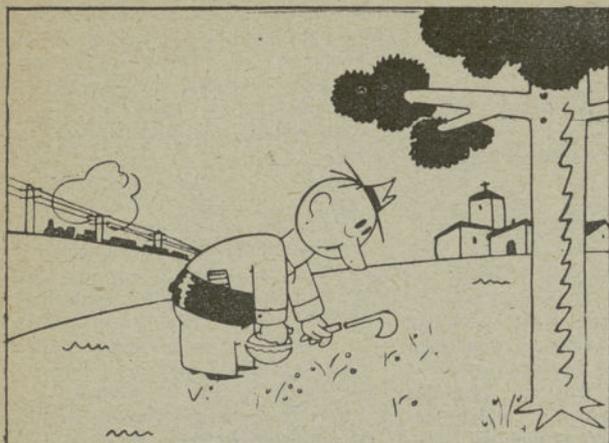
Cine Goya.—"La independencia ameri-cana" es un *film* que, como su título indica, trata del momento histórico ame-ricano de su anhelada independencia.

La cinta, hecha con gran cariño e in-terés, refleja fidedignamente la epopeya gloriosa que se pretende perpetuar, y tiene escenas, como el paso del río Con-cordia y el baile en el palacio de lord Horwe, muy bien logradas.

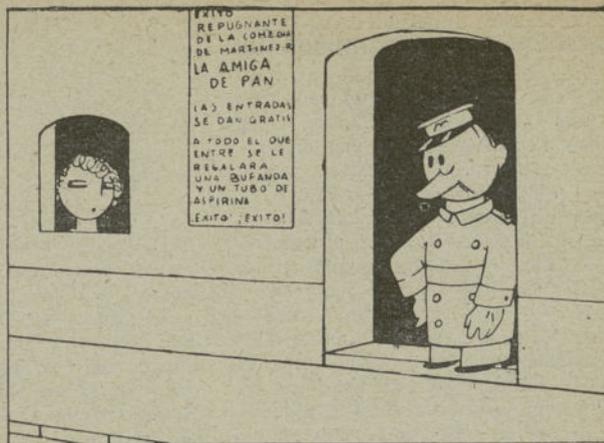
Maravillas.—Se ha estrenado la pelí-cula española "La bejarana". La popu-lar zarzuela de Ardaín está muy bien llevada al lienzo, y dentro de lo que la producción nacional da de sí hasta el presente, merece un sincero elogio.

Princesa.—Después del éxito notabilí-simo de "Los siete pecados capitales", se estrenó "La barrera", hermosa pro-ducción de alto interés dramático y presentación irrefragables.

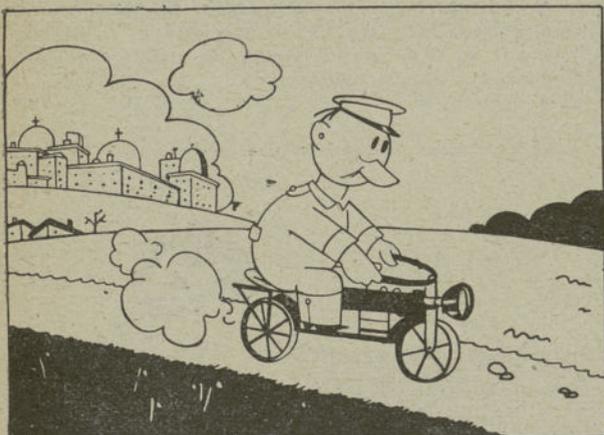
UN INESTABLE, por Mihura



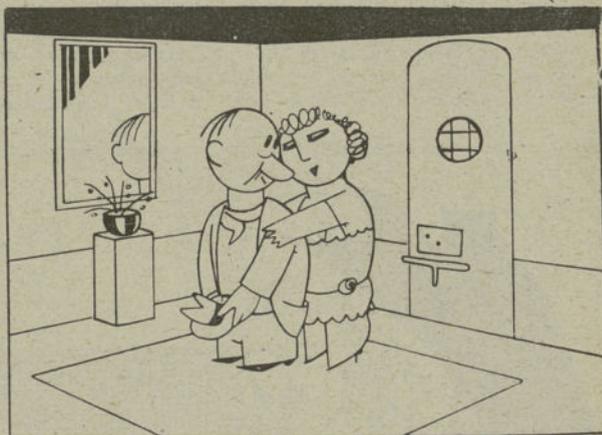
1.—Benito Panorama, pretextando que le dolían los riñones de estar constantemente agachado, dejó el oficio que tenía...



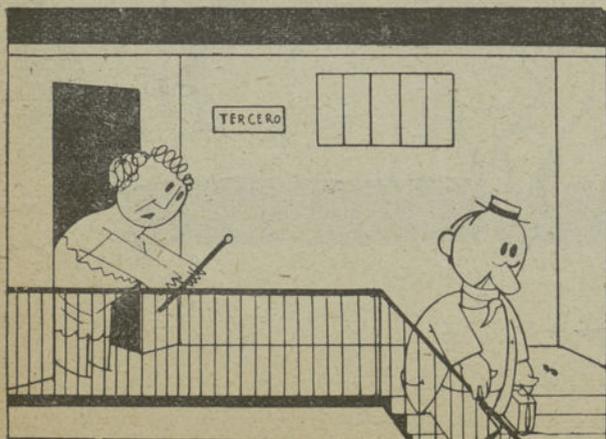
2.—...para meterse a portero de un teatro popular. Pero, con el pretexto de que no tenía costumbre de estar de pie y que le dolían los callos, también lo dejó...



3.—...dedicándose a motorista. Oficio al que también dió la patada, alegando que no tenía costumbre de estar todo el día sentado, y que para estar en una postura horas y horas había que habituarse.



4.—Y entonces conoció a una dama que le hizo ofertas, prometiéndole que si las aceptaba no carrearía de nada. Y así fué, en efecto...



5.—Hasta que, al cabo de un año, se cansó la gachí del individuo, poniéndole de patitas en un tramo y recomendándole por lástima a un limpiabotas...



6.—Y desde entonces, en esta posición se ganaba el dinero honradamente. ¡Aquella mujer le había salvado! ¡Y es que todo lo hace el hábito!

Mihura 27..

Divagaciones en el alero

La señora Plaminkova es una dama que está muy bien. Es senadora, lo que ya supone abnegación en una mujer, y es checoslovaca. Como ustedes ven, la señora Plaminkova no se priva...

Esta distinguida parlamentaria anduvo ahora por las Ramblas obsequiando a las "noyas" con interesantes conferencias: una, sobre "La mujer y su importancia para la familia, la sociedad y el Estado"; otra, sobre "La mujer en el Parlamento checoslovaco"; otra, sobre "El movimiento feminista"...

El lector supone ya—y supone bien—que de estas conferencias, interesándonos todas muchísimo, la que nos interesa más es la que se refiere al movimiento feminista. ¡Lo que habríamos dado por oír disertar sobre este tema, tan sugestivo y causa de tantas agitaciones, a la autorizada señora Plaminkova!

El movimiento feminista ha de interesar siempre a un hombre honrado. A nosotros—voluptuosos que somos—nos

encantan los movimientos. Lo mismo el que va encaminado a conseguir el voto, como el que, más modestamente, pero con la misma exquisitez, se reduce a una caída de ojos. O simplemente a describir círculos, más o menos concéntricos.

Un millonario se ha casado con su cocinera.

Es es final que deseamos a todos los millonarios.

Ha dicho Tristán Bernard que ahora los viajes son intolerablemente largos.

El autor de "Petit Café" sostiene que ocho, diez, doce horas de tren constituyen un terrible y lentísimo suplicio. En ellas no se hace más que aguardar a que termine el viaje. En cambio, hace un siglo, recorrer quinientos kilómetros significaba emplear una parte de la vida en el trayecto. Era como asistir durante tres meses a la oficina. Pero más divertido.

Cierto que la diligencia fué más distraída de lo que lo es el ferrocarril, pero—aceptando el razonamiento de Tristán Bernard—los futuros y ya casi inmediatos viajes en aeroplano nos van a hacer recordar las horas de tren co-

mo algo extraordinariamente ameno.

Dos horas sobre nubes nos resultarán mucho más aburridas que ocho en un vagón de ferrocarril.

Claro está que si en la cabina cae una señora guapa, es posible que logremos distraernos yendo por el espacio. A menos que ella no sea complaciente y, a la primera insinuación, conteste subiéndose a las nubes.

Lo que no dejaría de estar justificado.

Ya saben ustedes que de Norteamérica vienen todas las excentricidades. Uno quisiera que, además, viniesen con toda la abundancia posible muchachas yanquis de las que vemos en el "cine" y en las revistas. Y no es desprecio para las nuestras; es que nunca el año es malo por mucho trigo que produzca.

Pero tornemos al tema. Resulta que en un colegio yanqui enseñan a las señoritas a escribir con los pies. Se trata simplemente de un ejercicio que, según el profesor, favorece al empuje, arquea el pie, le da elegancia y lo hace más pequeño.

No lo creemos. Si fuese así, ¡habría que ver la preciosidad de pie que tendrían algunos de nuestros novelistas y cronistas!

VENEGAS



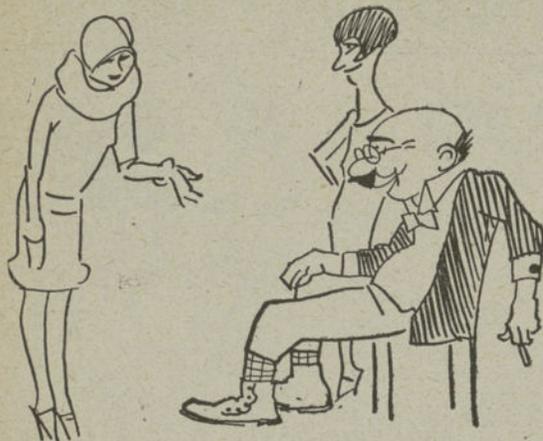
Ella.—¿Y qué te ha hecho tu mujer al saber lo nuestro?

El.—Pues como el dinero es de ella, me ha retirado las mil pesetas mensuales y ha dicho que tú eres una pájara.

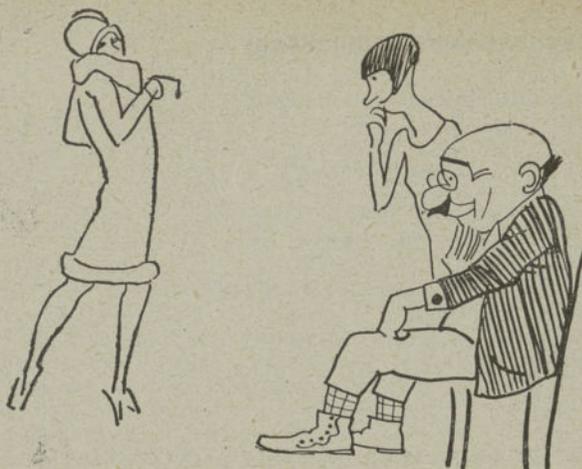
Ella.—¡Pues, hijito..., ya puedes ahuecar, porque aunque soy una pájara no como alpiste!

Dib. de Herreros.

EL BAILE DE MODA, por Díaz - Antón



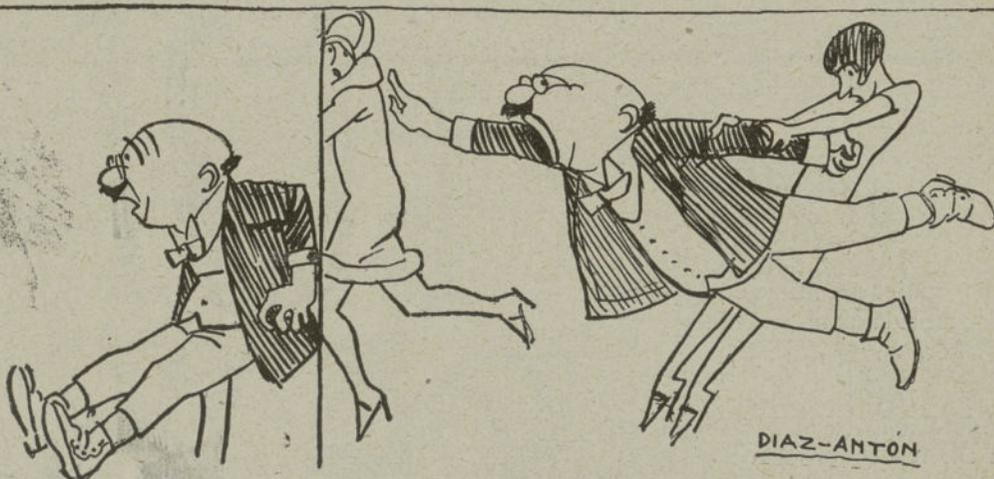
Don Color Apagado contrata con una profesora de bailes modernos las lecciones que debe recibir su hija Retorcimiento.



Lecciones que quiere presenciar él para ejercer su derecho de censura. "Primero—dice la profesora—tiene que dominar este paso de rancio sabor americano..."



"Después—sigue la profesora—tiene que ejercitarse hasta dominar este paso..."



DIAZ-ANTÓN

Pero don Color no la dejó terminar, y, hecho un casero, la arrojó gritando: "¡Ese paso no lo ejercita mi hija hasta que se case!"

Preguntas y respuestas

1.^a De inventarse un reloj que anduviese al revés, ¿cree usted que llegaríamos a los tiempos primitivos?—Un salvaje.

2.^a ¿Por qué la fruta tiene cascara y los humanos no... teniendo los humanos algo de fruta?

3.^a ¿Podría usted indicarme si el agua del mar está siempre en los mismos sitios, o si con el transcurso del tiempo pasa toda la de un mar a otro?—Churruga chico.

4.^a Para mi ingreso en la Academia de la Lengua preparo un discurso acerca del agrandamiento de la i, que es la letra más pequeña, poniéndole algo en la cabeza o en el pie; también propongo reducir la palabra velocípedo suprimándole las dos últimas sílabas, que suenan mal... ¿Cree usted que ingresaré?—Un aspirante a un sillón.

5.^a Me echaron de una Sociedad porque digo haiga, probe, Grabié, trujo y mesmo. ¿Qué me aconseja?—Juan Chaparro.

6.^a Estoy proyectando suprimir

las cuestras arriba. ¿Qué me recomienda usted que no sea bajar siempre?—Un ciclista.

7.^a Pienso echar a criar una zorra y un elefante. ¿Qué cree usted que saldrá? ¿Y de un avestruz y una rana?—Plinio.

8.^a Si se llama rejón a lo que le ponen a los toros, ¿quiere decirme cuál es el aumentativo de reja?—Un inglés de Málaga.

Y no va más. Perdón y gracias... A Mihura que no tenga tan mala intención.

UN LECTOR

Greguerías amatorias

El hombre descende del mono; el mico..., de la confianza.

Una mujer en el cine es como un guante universal para nuestros dedos.

El matrimonio es el "capricho" hecho crónico.

... eso se llama una cita. ¡¡Qué extensa bibliografía tiene una mujer!!

"No pagar a Singer". Este lema fué el primer movimiento femenino socialista que ha existido en España.

El *sommier* es la gran rotativa del mundo, el beso, las linotipias, y el marido... el dueño de la imprenta.

Una mujer sin medias de seda es una mutilada para la gran guerra del amor.

Adoro a los clásicos; en Calderón aprendí el concepto del honor; en Moreto, la ironía, y en Lope de Vega aprendí a... (¡qué guarro!).

La francesita amable (15 pesetas) y el taxi de 0,60 han vencido a! comunismo y al sindicalismo.

¡¡Por cinco duros, todos burgueses!!

Una menor es un bombón, un cepillo de dientes, un puente de oro, algo necesariamente que hay que llevarse a la boca.

Hay mujeres tan extremadamente delgadas, que dan ganas de mandarlas a un tapicero.

Esas señoras que comen cabrito asado en Botín, están pidiendo a

gritos un misionero, por antropófagos.

Hay médicos que escriben en sus historias clínicas: "... a los pocos

días de verla yo quedé embarazada".

¡¡Serán presumidos!!...

FÉLIX HERCE



—¡Pero Mary Lolín..., que ya eres una mujercita. ¿No piensas en tener novio?

—¡Pero tita, si ya he probado a tenerlos!... ¡Pero son tan pesados para tenerlos en los brazos, que es como a mí me gusta tenerlos!...

Dib. de Picó.



Cuentos al oído

¡El carbonero!

Era la hora del crepúsculo. La angosta calle se sumergía en una densa penumbra. Comenzaban a encenderse los primeros faroles. Y, en lo alto, la cinta aún clara del cielo se ensombrecía paulatinamente. El señor Tomás, el carbonero, disponíase a cerrar su negro establecimiento, en el que la luz de una bombilla anémica apenas ahuyentaba las tinieblas. Había cogido ya debajo del brazo una libreta de hule con las cuentas de la clientela y buscaba las llaves en un cajón cuando, de súbito, el marco de la puerta se colmó con la silueta oscura de una mujer.

—¡Buenas tardes!—dijo ésta.

El señor Tomás no la conoció. Tenía una voz cantarina, jugosa, fresca, que se le metió oídos adentro como una caricia.

—¡Buenas tardes!—le respondió—. ¿Qué desea usted?

—Deseaba—habló de nuevo la desconocida—que me llevasen a casa una arroba de cisco gordo. Pero veo que ya no es hora. Y, así, mejor será que lo dejemos para mañana. Iba usted a cerrar, ¿verdad?

—Sí; iba a cerrar. Pero eso no importa. Si usted quiere, lo peso ahora mismo y se lo llevo.

El señor Tomás poseía dotes de buen comerciante. Aquella mujer era, sin duda, nueva en el barrio. De este modo, sirviéndola en seguida, la haría parroquiana suya. No estaban los tiempos para desperdiciar semejantes ocasiones.

La mujer le contestó:

—Se lo agradeceré mucho, porque no tengo ni siquiera con qué encender la hornilla. ¡Ah!... Léveme también de paso unas astillas, ¿sabe?

—¿Dónde es?

—Aquí, en el nueve de esta misma calle. Pero no se preocupe por eso. Si lo pesa usted en seguida, lo esperaré e iremos juntos.

—Es cuestión de unos momentos.

El señor Tomás apresuróse a cumplir el encargo.

—La he servido a usted una arroba—hubo de afirmar—que casi vale por dos. Quiero que quede contenta para que venga siempre a mi carbonería. No hay otra mejor en el barrio.

Dicho esto, cerró el establecimiento, echóse el saco al hombro y comenzó a caminar por el arroyo al lado de la

compradora. Ya las sombras eran casi absolutas. En un extremo de la calle refulgía la mancha luminosa de un bar; en el extremo opuesto renqueaba la quejumbre de un pianillo de manubrio que sonaba con intermitencias agoniosas dentro de una tienda. El cielo, extinguida su claridad, era un semillero de inquietas estrellas. Y una brisa suave, helada, alentaba apenas, de uno en otro lado, vagarosa y asesina.

—¡Qué tiempesito hace!—masculló el señor Tomás por decir algo.

Y su nueva parroquiana susurró, aho-

gada la voz dentro del ancho cuello afelpado de su abrigo:

—Tiempo para no moverse del hogar...

Poco después llegaban a la casa. Desaparecieron ambos por un portal estrecho, entraron en un patio que parecía un taladro abierto en la entraña de las tinieblas, subieron por una pina escalera de gastados peldaños y llegaron, por fin, a un corredor lleno de numerosas puertas, una de las cuales abrió la mujer.

—Pase usted—ordenó al carbonero.

El señor Tomás pasó. La mujer encendió la luz.

—Aquí está la cocina—agregó—. Vacíe el saco en la carbonera. Pero mucho cuidado con el polvo, ¿eh?

Cuando el carbón estuvo en su sitio, la mujer condujo al señor Tomás a una salita, y le dijo con voz melodiosa e insinuante:

—Siéntese usted un momento. Ahora salgo.

Entróse ella en una alcoba. Cuando el señor Tomás se hallaba más sumergido en el examen de la habitación, he aquí que, de pronto, vió recortarse en los visillos de la alcoba una extraña silueta. Fué aquello primero un coágulo enorme de sombra, del que emergían dos brazos con un alocado aleteo. Aquel bulto movióse descompasadamente hasta que,



—Oye, estupenda: Si te da la Canastera avísame para darte el yo^{do}.

Dib. de Bellón.

al cabo de unos instantes, se sutilizó y evaporó en gran parte, reduciéndose a una nueva silueta plétórica de curvas encantadoras. El señor Tomás lo comprendió todo. Su parroquiana se despojaba del abrigo y del vestido y se quedaba como el maniquí de una corsetería. De esta guisa arqueaba los brazos para darse unos toques en la revuelta melena, se desperezaba, se sentaba, se quitaba un zapato y después otro, proyectando en los visillos su cuerpo con diversos y tentadores escorzos ante la mirada atónita de su contemplador.

Al señor Tomás se le fueron incendiando los cuarenta años hasta sentirse todo él de yesca. Cuando la mujer/salió de la alcoba, vestida con una bata y calzada con unas coquetonas zapatillas, ya el pobre carbonero no sabía si estaba en este mundo o en el otro. Babeaba de gusto; tenía las pupilas borra-chas; se le pegaba la lengua al paladar; se le engarfiaban las manos sobre las rodillas por engarfiársele en algún sitio. Y el corazón—quizá fuese otra cosa en vez del corazón—le latía bajo la ropa como un despertador infatigable.

—No quiero que se vaya usted sin tomar una copita de anís—le dijo la parroquiana.

—Yo hago lo que a usted le plazca—limitóse a contestarle el señor Tomás.



La doncella (al visitante).—*Me ha dicho la señora que no entre el señor hasta que la calce.*

El.—*Debes haber entendido al revés.*
Dib. de Enciso.

La mujer sentóse al lado y bebió del anís. Era una hembra morena, redonda, con el cabello crespo, un lunar en la barbilla, otro en el nacimiento del pecho, gordezueta de manos, con un suspirar que le levantaba la bata, con unos ojos de pupilas bailarinas, con una boca y unos dientes, bajo cuyos mordiscos resultara dulcísimo morir poco a poco.

No sé por qué extraños caminos derivó la conversación hasta parar en una historia de aparecidos. El caso fué que, de repente, la mujer lanzó un chillido de susto, porque aseguró que se había movido una cortina, y que, como aumentase su pavor, no encontró mejor remedio para aliviarlo que el de colgarse del cuello del señor Tomás y el de susurrarle al oído, pegada contra él fuertemente:

—¡Ay!... ¡No se marche..., no se marche, por Dios!... Estoy muertecita de congoja... ¿No me ve?...

La luz de la sala alumbraba muy poco, por cuya causa el señor Tomás no veía bien a la mujer. Dudaba si su rostro—¡tan bonito!—padecía o sonreía. Como la luz de la alcoba era de más potencia, nuestro hombre no vaciló. Cogió, pues, a la mujer y la llevó allá, para dilucidar un extremo de tanta importancia...

¡Cosa harto difícil, por cierto! Dos horas tardó en conseguirlo. Al cabo de ellas, el señor Tomás salió de la casa sin haber cobrado, charlando solo, con el saco vacío, mal doblado debajo del brazo y bordando arabescos en el suelo con los pies trémulos...

Siguió el tiempo su curso. El señor Tomás no podía olvidar a su nueva parroquiana y la esperaba a diario anhelosamente. Aquella mujer, sin embargo, no volvía.

Cierta tarde, ya al anochecido, el señor Tomás no pudo defenderse más contra el deseo de volver a verla. Cerró, pues, su tienda y, echándose al hombro un saco con una arroba de cisco gordo, dirigióse a la casa, donde tan excelente rato pasara. El carbón

le servía de motivo para visitar de nuevo a aquella deliciosa criatura.

Cuando estuvo en su casa, detúvose un poco confuso. No sabía el nombre de su parroquiana y hasta ignoraba en qué piso viviera. ¿En el primero?... ¿En el segundo?... ¿En el tercero?... Subió a los tres. Todos tenían los corredores iguales y las puertas idénticas. Llamó en tres cuartos. En uno le abrió un guardia, en otro un sastre con los hombros estriados de hilvanes, en otro una vieja desdentada, que hedía a vinazo.

Desesperado de encontrar a la que buscaba, hallóse nuestro hombre otra vez, sin saber cómo, en el fondo negro del patio. De súbito, todos los vecinos de la casa pudieron oír un pregón extraño y desacostumbrado. El señor Tomás clamaba con voz bronca:

—¡El carbonero!...

Hacía una pausa y continuaba luego:

—¡Carbón como el otro día!...

No acudió la paloma a su dulce reclamo, por cuya causa el señor Tomás insistió en sus gritos hasta que le arrojaron a la calle.

Desde entonces, comenzó la gente a pensar que el cuitado se había vuelto loco...

JOSÉ A. LUENGO



—¡Uy, qué libro! ¡Qué estampas!... Si parece que nos hayan retratado a mi marido y a mí...

Dib. de Herreros



—La historia de la protagonista atropellada brutalmente por su tío es mi historia. Sólo que a mí me atropelló un chófer.

Dib. de Moliné

madrimas
de
guerra

(Particular y reservado.)

Querido Gerardo: Te ruego que no insistas en descubrirme. No quiero que se entere nadie que *El chino desconocido* y yo somos la misma persona, hasta que lleve a cabo y hasta general, una venganza.

Tuyo, *Incórdiez*.

* * *

Apreciable, confortable e impermeable "Incórdiez": Teniendo unas ganas hidrófobas de tener madrina de guerra y habiendo fracasado hasta la fecha en todas las tentativas que llevo efectuadas para lograr una (soy parco en mis deseos), me tomo la libertad (igual que me podía tomar el sol, si me gustara, que no me gusta) de escribirte, creyendo que si de esta hecha no me salgo con la mía, ya puedo renunciar a ella para "in sécula"...

Desde luego, yo confío en que tú pondrás de tu parte cuanto puedas para complacerme, pues nadie ignora tu amabilidad y casticismo, aunque también podía darse el caso que te pillara ésta en un rato de "mala uva" y me envíes a percibir aires, pues reconozco que un director de una revista, y más si se trata de una tan importante como *COSQUILLAS*, por fuerza ha de llevar muchas cosas en la cabeza, y por si aún era poco, tú mismo te has puesto otra: la coleta.

¡ Bueno; "pa" qué te voy a contar!; en cuanto te veo de chino se me parten los tirantes de hilaridad, y no tengo paciencia ni para esperar a llegar al cuartel para leerte; tanto es así, que por ir leyendo tu artículo por la calle, se ha dado el caso de, por embobarme viendo el chino, tropezar con un cascote. (Les ruego que no se metan con mi familia, pues tengo a mi padre "parao").

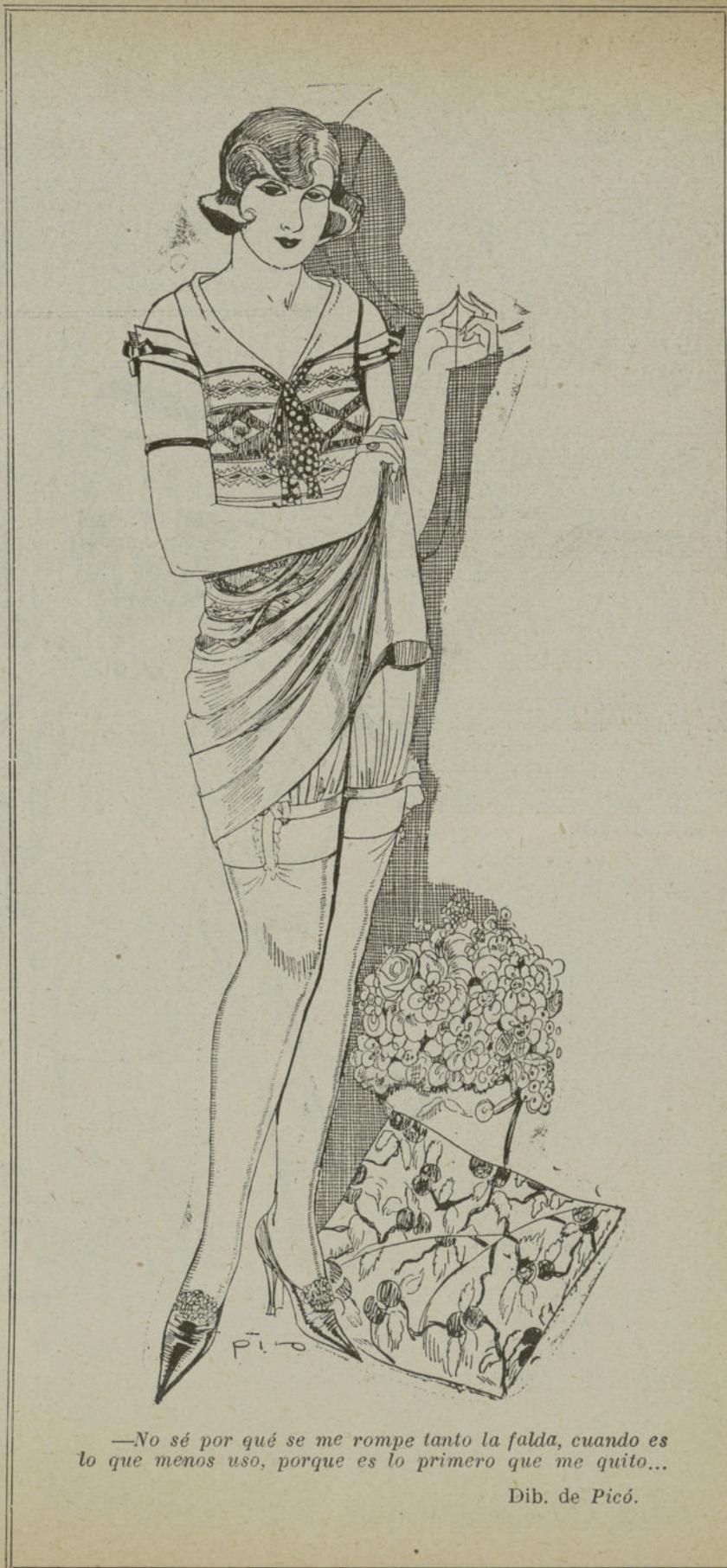
No creo necesario encargarte mi tipo de madrina: con que sea lectora de *COSQUILLAS*, me doy por satisfecho, pues me consta que las que lo leen todas son bonitas, pues a las feas les despierta la envidia y prefieren los folletones, sin que esto quiera decir que a las guapas les desagraden éstos.

Tuyo hasta el toque de rancho,

GERARDO GALIANO

(De Madrid, nuevo en esta plaza.)

Batallón de Cazadores de Africa, número 13. Imprenta. Melilla.



—No sé por qué se me rompe tanto la falda, cuando es lo que menos uso, porque es lo primero que me quito...

Dib. de Picó.



Según comunican de Manila, las jóvenes filipinas sienten una gran repugnancia por las faldas cortas y se niegan a vestir ninguna que no baje al menos treinta centímetros de las rodillas.

Creemos sinceramente que las filipinas son algo exageradas, pues por muy puntos que sean sus paisanos, la cosa no es para tanto.

También opinamos que de ese modo de pensar no son todas, y que habrá muchas que se darán por satisfechas con que bajen algunos centímetros menos de las rodillas.

No las creemos tan exigentes.

Leemos en una información teatral: "El sexo fuerte, de Tristán Bernard."

Al principio nos hemos quedado un poco pensativos; después, no. Hemos comprendido que se trata de una comedia.

Y, como en las comedias, nos lo hemos explicado todo.

Leemos que en la Real Academia están haciendo falta ocho académicos, cuyas plazas se anuncian vacantes.

La dificultad para cubrir las estriba en que hay que dominar hasta las raíces un dialecto.

Y eso, ya no está al alcance de todas las lenguas.

Jorge Yaung, joven e ignorado aprendiz en un taller de aserrar, en el Canadá, se ha visto en pocas horas convertido en el rey de la moda norteamericana por la proeza deportiva de atravesar a nado las veintidós millas del Canal de San Pedro.

En la consumación de este hecho han llovido sobre el joven canadiense: dólares, honores y contratos fabulosos, y,

Virilidad perfecta

instantánea, sin medicamentos.
«SECRETO FAUST», infalible
¡aun septuagenarios! Envío pliego
cerrado, 0,25. Escribid
Apartado 1.236. Madrid

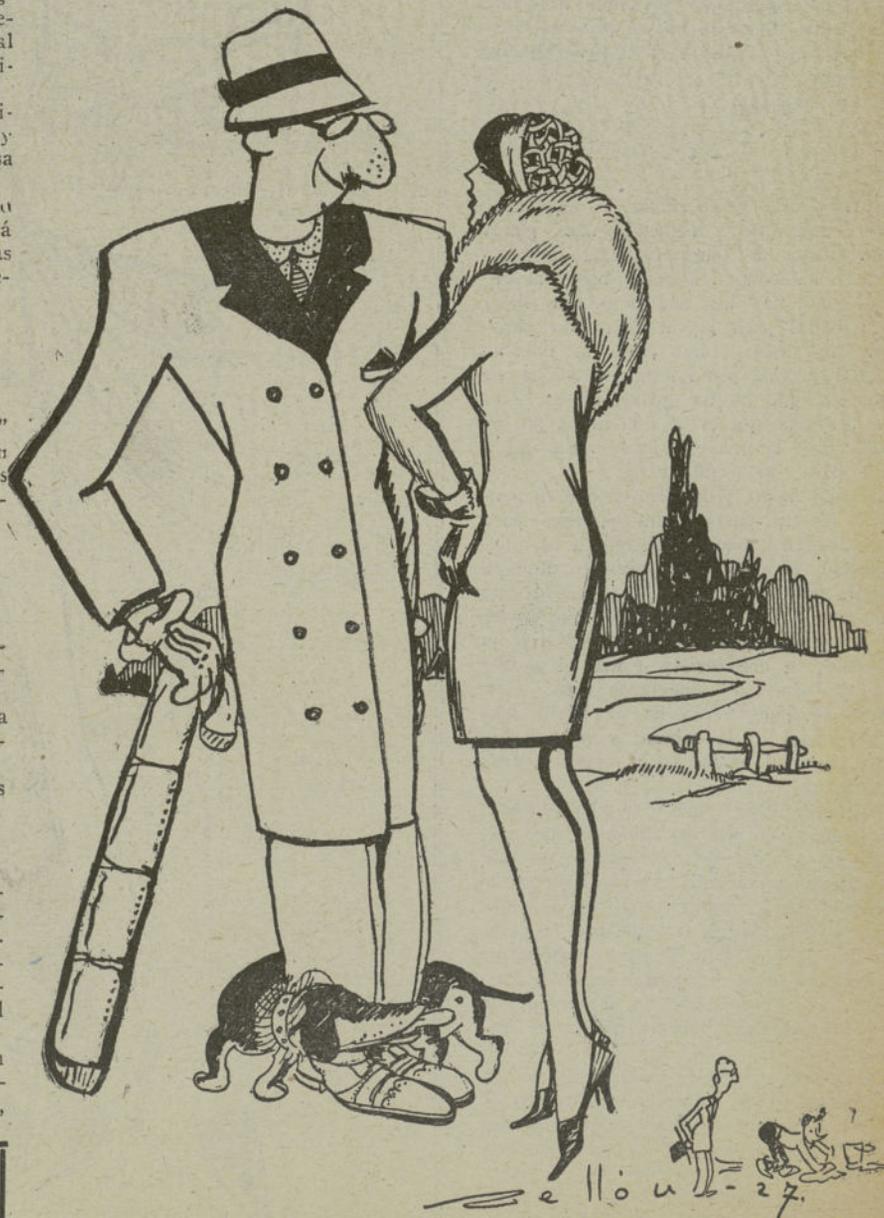
lo que es aún peor, muchas cartas femeninas ofreciéndole blancas y apetitosas manos.

De temer es, que al imberbe Yaung se la suba la hazaña acuática a la cabeza y acepte alguna de esas manos, porque entonces... ¡hombre al agua!

Según un diario, se están organizando en Melilla cinco equipos quirúrgicos.

¿Cinco equipos en Melilla? ¡Ya estamos viendo a la Federación Nacional organizando el campeonato!

Nuestro grabador, el señor García Fabra, nos ha prometido soltarse los rizos al hacer los grabados del número de Carnaval, y siempre que se suelta la melena el excelente maestro ocurre algo obeso. Esperemos.



CAPRICHOSA, por Bellón.

El.—¿Espera usted a alguien, señorita?

Ella.—Espero a un hombre que tenga un apellido de extraordinaria resonancia.

El.—Yo me llamo Pérez.

Ella.—¿Entonces, soy suya, caballero!...



(Concurso de piernas, primeras zonas del muslo y pinreles.)

Espero de la corrección acreditada de los lectores de COSQUILLAS que sabrán comportarse con la delicadeza que acostumbran cuando ven en fotografía unas piernas como éstas. No me atrevería a pedirles el sacrificio de una continencia exagerada si estas piernas las vieran en el natural. En el natural soy yo el primero que lanza el relincho de guerra.

Vuestro hasta comerles la tibia a las tías riquísimas,

INCÓRDIEZ

Foto. Walken.





CARMEN DIADEMA UNA BOTELLA DE JEREZ GARVEY, Y YO

Carmen Diadema, la hermosa bailarina se apunta una falseta en la sonanta, apoyado su comible pie sobre el mueble que sostiene una botella de Garvey y... a este modesto acólito. Me he aficionado tanto al vino de esta marca, que me ha sorprendido Walken en un momento psicológico que a mi mismo me ha asombrado. Es la primera vez en mi vida en que he dudado, entre comerme el pie de la Diadema, o beberme la botella de Garvey. ¡Si tendrá mérito elvino! Vuestro hasta el *tablón*.

INCÓRDIEZ.